

## DESDE LO PARANOICO<sup>1</sup>

Gilbert Odalier Ulloa Brenesi

Envío esta consideración: puedo vivir en un estado paranoide impunemente, incluso, sin rubor en el rostro. Por ejemplo, sé que ahora hay alguien leyendo este escrito y en atención a ese hipotético extraño lector, es que trato de ser lo más oscuro posible en todo cuanto digo: temo ser atrapado en el código sostenido por ese-otro-que-lee.

Temo, de cierta forma, la disolución de MI escritura en el solvente parpadeo de un lector; por lo tanto, he de hacerme en MI escrito lo menos inteligible posible a fin que sea, como escritor, lo más imprescindible posible y pueda preservar, con un diccionario por preservativo, la pretendida solidez de bostezos articulados emitidos en un movimiento que con gusto llamaré, por ser una palabra absurda (acaso un neologismo), ex corporación. En palabras sencillas: puedo escuchar<sup>2</sup> los ojos del Lector impeliéndome a la escritura.

No me interesa ser entendido. No me interesa además entenderme por completo. Me interesa establecer una “secuencia lógica” para lo que estoy diciendo aquí y ahora, de forma que la inenarrable presencia de lo Otro pueda aparecerme con mayor cordura en medio de mi opción de vida paranoide. Es una cordura paranoica. Por eso trato de escribir sobre lo paranoico desde una condición que he querido llamar, también impunemente, paranoide<sup>3</sup>.

De lo paranoico como opción de vida observo dos cosas: el desarrollo inusual de una intensa sensibilidad hacia lo Otro; y lo insoportable del desorden introducido con la aparición de eso Otro.

Tradicionalmente se despacharía el asunto como un problema de persecuciones y delirios megalómanos. Hay algo de eso, pero no es todo lo que hay. El caso es que vivimos en casas que igual podrían llamarse jaulas, o cuerpos, o roles sociales, o libros, o intelecto. El caso es que amamos con demasiada pulcritud y requerimos tal pulcritud de lo amado.

El caso es que lo paranoico es hoy, aquí y ahora, una opción de vida institucionalizada. De una vida pulcra, llena de alabanzas y preseas. Incluso motivo de programas en la tv. Ahí está el caldo de cultivo (en la sopa de agendas) para lo paranoico como opción de vida, como partitura musical, como vómito cotidiano.

---

<sup>1</sup> *Tópicos del humanismo* (Heredia: Universidad Nacional) n. 108 (julio, 2004).

<sup>2</sup> Escuchar... una suerte de *Channeling* (... de escritura automática) donde el Desconocido Presente me dicta “incoherencias” que tienen sentido en la dimensión de lo Otro: allá-donde-no-estoy-estando. Ver al propósito Tyrrell, G., *La personalidad del hombre a la luz de la parapsicología* (edición en español: Buenos Aires, Argentina: Paidós, 1965) pp. 38-55; 167-239.

<sup>3</sup> Nótese como con arrogancia digo “he querido”. También más arriba dije “puedo vivir”. Son estas el tipo de inseguridades de las cuales uno debe tener certeza imbuido en lo paranoide del vivir actual. No es el problema hamletiano el nuestro, sino un problema de tozudez: mantener cautivo el mar entre las manos mientras está uno diluyéndose en sus aguas; o mejor aún, la tozudez de la serpiente cósmica devorando su propia cola en un círculo infinito.

## I

Hay una trémula expansión del pulso cardiaco invadiendo el aire en el cual Otro respira acelerado, quizá insinuando las más desastrosas maneras del proceso respiración/transpiración. Un aire fétido aromatizado con el humo de un cigarro por mascarada. Aparece desapareciendo el mundo, y con esto, la perentoria necesidad de comprenderlo todo, hasta de controlarlo en un mar de recursos esquemáticos. Digamos que el cigarrillo (su humo) es una estrategia sintáctica; digamos algo más: el humo es metafórico<sup>4</sup> de la compulsión a la incorporación con sentido de eso Otro obnubilante; es metafórico de la incorporación coordinada (movimiento de inhalación/exhalación) de lo extranjero Otro cuyo rostro es maligno y benigno a la vez ¡quién no se ha fumado el mundo en una tarde de invierno! ¡Quién no lo ha devorado en un banquete de palabras! En ese juego de incorporar y excorporar, metafórico en el cigarrillo, el ser viviente lanzado al caos del mundo, coordina sus movimientos sintácticos para dar a la acción un aspecto de cierta fijación semántica que preserve el instante en un concepto. El concepto<sup>5</sup> hay que concebirlo: excorporarlo. Eso Otro por lo cual aparece el mundo es a la vez lo incorporado y lo excorporado, y en ese tanto devendría amenazantemente (y porque no, deliciosamente) persecutor como estancia de los posibles e imposibles sentidos<sup>6</sup>.

Ese maldito mundo es siempre el mundo de Alguien más: es MI mundo, pero tiene un tufo a mundo de Otro. Deberá ser incorporado con sentido pues siempre va a aparecer en el sinsentido que impele a ordenamientos y restricciones, y también a satisfacciones frugales. Es en el requisito de tal sentido que en primera instancia todos los días de la vida, hay la amenaza de perderse en el sinsentido que lo Otro podría introducir en MI espacio semántico, en el cuchitril dictionarieso donde aparezo cotidianamente junto con otros. Ahí la opción paranoica emerge como un buen lugar donde intentar levantar torres babélicas<sup>7</sup>: el Otro amenazante encarna en pequeños otros, en pequeñas sabandijas que se mueven en torno a Mí, con el molesto estigma de no tener en primera instancia sentido alguno. Ellos son el caos. Y en la verdura de tanto campo fér-

---

<sup>4</sup> (metafórico)... un significante que está en lugar de otro significante, que está en lugar de otro significante...

<sup>5</sup> Quienes gusten revisar antecedentes sobre lo que estoy tratando, solo que en términos de lo Otro, pueden ver: Lacan, Jacques, "El estadio del espejo como formador de la función del Yo", *Escritos I* (1966, edición en español: México D.F.: Siglo Veintiuno, 1971).

<sup>6</sup> En Freud leemos, mientras él lee a Schreber, un juego donde el Yo contradictorio persigue siendo perseguido por el Otro contradictorio también: "El mecanismo de la producción de síntomas de la paranoia exige que la percepción interior, el sentimiento, sea sustituida por una percepción exterior, y de este modo, la frase 'Yo le odio' se transforma, por medio de una *proyección*, en esta otra: '*El me odia* (me persigue), lo cual me da derecho a odiarle'. El sentimiento impulsor inconsciente se muestra así como una consecuencia deducida de una percepción exterior: 'No le *amo*; le *odio*, porque me persigue' La observación no deja lugar ninguno a dudas en cuanto a que el perseguidor es el hombre anteriormente amado" Freud, Sigmund (1997) "Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia" 1911, *Obras completas*, t. IV (edición en español: Madrid, Biblioteca Nueva) pp. 1487-1528.

<sup>7</sup> Incluso torres teológicas que aseguren la captura de "Dios" en la verdad. Ver al propósito: Alves, Rubem, *La teología como juego* (Buenos Aires, La Aurora, 1982) pp. 57-99.

til ha de crecer sin esperarla, la flor de la discordia: el colorido problema de la división entre Individuo y Sociedad<sup>8</sup>.

Por cierto, he visto un caso llamativo entre los dirigentes estudiantiles de la UNA: lo Otro temible por su nociva aparición entre los espacios de MI academia, es el individuo individualista. El Individuo cerca los límites de la realidad construida por los Estudiantes = sujetos sociales, al punto de ser lo Otro despreciablemente apetecible, por requerírsele para la constitución de un YO-paranoide que lucha contra los ataques del individuo individualista, lucha coordinadora de la juntura entre la realidad indiscutible y la tenue sensación de ser-estudiante-comprometido. El asunto merece un análisis en el cual no me detendré. Solo he querido sugerirlo.

Lo Otro que reordena lo Real surge en el lenguaje. Pero no en cualquier lenguaje que es el lenguaje de todos, sino en las articulaciones sintáctico-semánticas de la forma paranoica del decir, que como he insinuado, es una forma institucional del decir procedente de lo Otro y de señalar diciendo a lo Otro. Hay que estar preparado para ello, preparado paranoicamente para que el ambiguo espectro de lo Otro tenga matices de inteligibilidad, aunque sus frecuentes apariciones pongan en peligro las paredes prefabricadas de nuestros hogares<sup>9</sup>: es la parábola del ladrón que por la noche llega sin que nadie lo espere; es la parábola del individuo individualista que por el campus se mueve sin que nadie lo comprometa: ¿cómo, pues, constreñir la desestructurante amenaza de quien me da el sentido arrebátandomelo?

Habrá que amarlo con pulcritud, con profilaxis. Amarlo como se ama a Un-Solo-Dios: amar en la no contradicción: en el esquema de la identidad y el tercero excluido<sup>10</sup>. Para evitar la contaminación, es el otro el que ha de ser sucio y maloliente y precisamente por eso, objeto de mi amor incondicional hacia los desgraciados. Con esta estrategia lograré someter la desquiciante aparición de lo Otro a un universo de palabras dignas de ser mencionadas entre las fisuras de MIS dientes; hacer teoría el dato crudo de aquel rostro sin nombre que por la noche del día vaga en la completa soledad de la realidad.

Quisiera en este punto desviarme del tema, para mencionar que el desvío es otra estrategia en la condición paranoide: ante lo insoportable quitamos la mirada, la desviamos, “iba hacia allá, pero queremos que vaya hacia acullá”. Un problema en el desvío es cuando no hay para dónde desviarse pues todos los puntos son lo mismo. He aquí el único principio teórico que quiero sostener en este momento: en la dimensión de lo Otro-que-aparece, el desorden resulta de la omnipresencia de eso Otro, es decir, estando

---

<sup>8</sup> Yo, solo recientemente, he dejado de lado el problema (epistemológico, teórico, metodológico) de la división esquemática entre Individuo y Sociedad para pasar a preguntarme, sin querer saber la respuesta: ¿Dónde es adentro, dónde es afuera?

<sup>9</sup> Siguiendo con Alves: “¿Y qué son las teorías sino la arquitectura lingüística del mundo? (...) Ver algo que no fue preparado, previsto o predicho por el verbo es entrar en el laberinto de las sensaciones no organizadas, espacio frecuentado por las alucinaciones y por la locura” (Ibid: 63). Sin embargo, aquí he propuesto la paranoia como límite organizativo (punto mínimo, punto máximo) en un mundo plagado de otros rostros siempre extraños, todos los días, y no como un cese de la “organización”: hogares, o cuerpos, o roles sociales...erigidos sobre los pilares de la amenaza constante en que aparece el Otro.

<sup>10</sup> Puede verse al propósito: Fromm, Erich, *El arte de amar* (1959, edición en español: Buenos Aires: Paidós, 1976) pp. 78-99.

en todas partes, cualquier lugar donde voltee a ver es el mismo lugar. De ahí que sea una situación nocturna donde en la oscuridad todos los gatos son pardos<sup>11</sup>.

Entonces uno quisiera hablar como habla el Sol: con sintaxis y semántica, es decir, con organización basada en la diferencia y con sentido basado en la estructuración de la diferencia. Los movimientos de incorporación y excorporación suponen que soy el sol que aclara la noche. No por nada la primera obra en la Creación es la separación del día de la noche. YO es omnipotente y luminoso: arrodillaos ante MÍ. Oscuridad es un lugar insoportable en el que cualquier cosa puede ser. El comportamiento clarificador es la burocracia heliocéntrica del lenguaje-matriz para ordenar: gatos pardos con gatos pardos, gatos rojos con gatos rojos, gatos azules con gatos azules... pero cualquier otro inclasificable podría trastocar esa taxonomía. De hecho, vivir la condición paranoide implica que se deba llevar aceite de más para las lámparas, so pena de quedarse en las tinieblas: justificarme en mis posiciones, aclararme; ser coherente, luminoso, nunca oscuro. Aunque la oscuridad esté en la casa.

Por otro lado lo paranoide sabe de esa su íntima oscuridad que se juega en muchos frentes: la suya es una anatomía dodecaédrica envuelta por la desenvoltura espiritual de lo Otro bajo el signo del 12, de la completud. Entonces uno se entiende a SÍ MISMO como dodecaedro para tener alguna forma con la cual presentarse ante los demás. Que unos lados no coincidan con otros eso no es un problema, es una virtud; que por otra parte el mundo trate de operar sobre el SÍ MISMO la compresión necesaria para tornarlo superficie bidimensional, eso sí es un problema. Si esto último sucede, se pasa de la condición paranoide a la de carátula de reloj: superficie plana con números para superordenar el flujo de la vida. Se le pone un horario a la eyaculación, incluso, se le fija un destino contra el cual Onán ha de rebelarse, echando por tierra un proyecto divino-tribal llamado Alianza.

Hasta aquí he tratado “de-ser” contradictorio. Ser contradictorio es una forma de coherencia que sorprende por su raro orden. Omnipresencia, y ante la omnipresencia la contradicción para que nazca el decir-con-sentido. Solo así podría soportar el desorden que lo Otro trae consigo en los bolsillos: el orden de lo Otro es mi caos, tu caos es mi orden en la dimensión de la escucha a lo Otro murmurante. Debo renacer en la diferencia para optar por un nombre decente, a no ser que quiera llamarme TODO EL MUNDO. Al paranoide se le tacha de diferente. El paranoide se ríe: él ya de antemano se sabía diferente. Surgen las instituciones con sus calendarios llenos de roles y estatutos y formas de des-formar en la diferencia. Incluso se ha de hablar de estructuras psíquicas, como se habla de edificios.

## SUB I

Todo esto debería dar miedo. Pero lo cierto es que se trata de un carnaval en el infierno, donde ELLA da globos con rostros famosos a nosotros los decapitados de la academia. Hay un Otro supervisando y hemos de ser tan sabios como él, o mejor, ser más sabios que él: sentirlo amenazante, reordenarlo mientras nos ordena ordenarlo, fijarlo en algunos puntos y finalmente, darnos desde ahí la diferencia. Esos son los ele-

---

<sup>11</sup> Y como en la oscuridad todos los gatos son pardos, al quedar suprimida la diferencia la sensación de soledad es intensa: donde todo es igual yo dejo de ser YO, o lo que es lo mismo, yo me percibo en la total soledad. Ilustrativa de esta condición es la canción del grupo Iron Maiden titulada *Fear of the Dark*, incluida en el álbum del mismo nombre.

mentos convergentes en el carnaval del conocimiento que se puede realizar, a partir del insoportable desorden introducido con la aparición de lo Otro.

## II

Es lugar común pensar que la intolerancia (el fundamentalismo) resulta de no aceptar más que lo propio como verdadero. Sin embargo, observo en la condición paranoide de nuestros días, que tales aspectos tendrían correspondencia más bien con cierta inusitada hipersensibilidad. Cuando uno tiene aspiradoras en lugar de poros, es comprensible que Todo-lo-Otro sea insoportable: duele de la flor el pétalo, tenue en la levedad de la piel su caricia.

No solo está por todos lados (Satanás tentándonos, el Cinismo acomodándonos, el Supervisor corrigiéndonos, el Gran Ojo mirándonos...), sino que lo puedo sentir por todos lados.

Nota fisiológica: hay un valor liminal (tanto de exteroceptores como de interoceptores) en las sensaciones transmitidas al sistema nervioso por medio de los canales aferentes. Un estímulo sostenido propiciaría la reducción de los potenciales de acción, conforme la sensación producida por éste no rebase el valor liminal de los canales nerviosos aferentes, implicando la “supresión” del estímulo: algún tiempo después de puesta la ropa esta desaparece como sensación “extraña” al cuerpo: los nervios se “acostumbraron” a ella<sup>12</sup>.

Nota paranoide: el valor liminal de las terminaciones aferentes en la dimensión de lo Otro es tan bajo, que cualquier sensación, la mínima, basta para desencadenar una respuesta por parte del YO percipiente. Tal respuesta, según he venido insinuando, puede ser una “respuesta sin respuesta”, que es la respuesta del sentir a lo Otro como amenaza a la estabilidad de MI sistema nervioso. Son agujas en el ojo. Escozor de un ajustadísimo sayal. Estrechez pectoral. Navajas en el estómago.

Ya más arriba dije: “el desarrollo inusual de una intensa sensibilidad hacia lo Otro”. La clave es que lo Otro se siente mucho, muy sentido. Ahí las fronteras difusas entre adentro y afuera descentran la pretendida coherencia del hipersensible YO, que asume el lugar de una esponja pétreo; con el corazón endurecido. ¿Qué hacer? La cintura institucional de la condición paranoide impele a la aplicación de anestésicos que mitiguen la intensa sensación de un universo derramado como ácido sobre la piel. Entonces surge un nuevo tipo de piel: un cuero impermeable hecho de RAZÓN: una morfina discursiva que adormezca los demonios girando por doquier.

Lo Otro omnipresente que suprime la diferencia, y cuya voz es mandato, sea sometido a un cierto orden, a una cierta inteligibilidad de las cosas dichas; posteriormente, el unguento de la RAZÓN se encargará de restañar lo abiertísimos poros, y con sus efectos anestésicos, cubrirá de calma la desazón que las intensidades de lo Otro inculcan a través del vestido.

---

<sup>12</sup> Esto quiere decir que habría un punto donde un estímulo dado “desaparece” al adaptarse el receptor a una situación de constante exposición a un estímulo que no supone peligro. Para una exposición más clara y detallada de lo dicho en el párrafo anotado, ver: Suárez, Roberto y Morales, Orlando, *Sistema nervioso* (San José: Euned, 1986) pp. 17-25.

Porque habremos de tornarnos (auto-heliocéntricos) egocéntricos: suponer como el magistrado Schreber que Dios está amenazado por MI existencia, siendo MI existencia la única existencia digna de existir. Por eso escribo ahora teniendo la certeza que para quien me lee, soy totalmente imprescindible: sin MI escrito, MI palabra, el Lector estaría atrapado en el universo de las no-coordenadas de lo Otro. Emergen los menesteros de la educación que requieren de MÍ para vivir.

Sería interesante tratar de observar así nuestra pulcritud en la sucia cotidianidad de LA-ACADEMIA. De todas maneras, YO he dicho ya que estos gestos de la condición paranoide se viven en la carne de las instituciones (educativas, religiosas, científicas, políticas, familiares). Hay, por lo tanto, que supervisar: actuar como el ojo en el cielo: ser Dios: serDios: serDos: serdos... Gruñir de placer, comer, tomarlo todo con calma, con la calma propia de quien supervisa estando en el cielo...

Visto así, no he hecho otra cosa que suponer en la condición paranoide una suplantación antes que la sensación de persecución y de megalomanía.

Otro único principio teórico: la condición paranoide es un trueque de lugares donde YO se identifica con lo OTRO, y entonces todo lo que lo Otro es soy Yo, no pudiendo haber lugar para ningún Otro que aparezca<sup>13</sup> diferente de MÍ.

Los otros importan en la medida que no tiene más medida que la estatura con la cuál he de crearlos. Las instituciones son fábricas de tamaños, de colores, de sabores, de temperaturas, de olores. El "sistema nervioso" (si es que existe una cosa tal) está allá, aquí, acullá, donde mis pies se afirmen sobre la requerida inestabilidad de las sabandijas gelatinosas que me rodean. Está en la institución, adentro- afuera: ya no hay individuos, ya no hay sociedades: hay YOES hipostasiados cuyas ciencias tratan de discurrir entre la efectiva determinación de qué es lo social y qué lo individual, para de esa forma excorporar, una vez incorporados los humeantes contornos del mundo, la Cultura; o mejor, la forma apta de vivir que es MI forma: la condición paranoica.

Yo en este punto soy el escritor y el lector: me autoconsumo y autoproduzco en la totalidad de mi código y atrapo la vista perpleja del que antes me quería atrapar en su interpretación: me convierto en maestro pues EL CÓDIGO es MI CÓDIGO. Ellos deben aprenderlo para no ser extraños, para que dejen de ser irritantes. Hago mi cátedra de anarquismo monárquico, hago mi cátedra de crítica verdadera. Soy el amado sujeto social: ahora la amenazante omnipresencia y lo pansensible es YO.

Si logro generar la oscuridad entre ellos seré requerido por la luminosidad de mis ojos: primer día, abro mis labios y ¡que haya luz!; segundo día, separo la profundidad azul de los mares, una en el cielo, otra en la tierra; tercer día, plantas y árboles; cuarto día, luciérnagas celestiales, faroles y farolitos; quinto día, animales de agua, animales de aire, cubiertos con piel acuática o aérea; sexto día, animales furiosos para la humanidad y animales humanos para la furia; sétimo día, descanso.

---

<sup>13</sup> "Aparecer", es decir, ser percibido, es decir, generar alguna sensación sensorial, es decir, digna de prestársele atención, según la experiencia de la "sensación" en el mundo moderno: "Originalmente, 'sensación' no significaba otra cosa que percepción. Pero hoy, de entre la avalancha de acontecimientos y catástrofes de los que se da... ya solo se percibe lo que destaca muy especialmente. Sensación es todo lo que saca a la percepción de su rutina", Türke, Christoph, "La sociedad de la sensación", *Identidad y sociedad informatizada* (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1997) pp. 135-139.

## SUB II

Aquí estoy.

Aquí no estoy

## III

La condición paranoide es una forma estratégica de respirar los miasmas de la cotidianidad. La cotidianidad es el verso tieso de un poema analizado en la autopsia de su sentido verdadero. La verdad son un par de zapatos de gruesa suela que no nos permite sentir la superficie hecha de cuerpos sobre la cual caminamos. Caminar creyendo siempre que hay un lugar adónde ir: con objetivos bien definidos; en otras palabras, podemos entender la condición paranoica como un método del desvío. El chiste está en que nos volvamos metodólogos<sup>14</sup> (o técnicos del buen decir, que es el decir de la cordura): ingenieros para casas, cuerpos, roles sociales, diccionarios, etc.

(El lector debe considerar que en este texto la palabra “Otro”, es solo una excusa para plantear que en la condición paranoide, lo Otro ausente es suplantado por la excorporación de un pretendido YO).

---

<sup>14</sup> Para el caso de la psicología, he propuesto que esta desaparezca en los siguientes términos: “somos del criterio que la Psicología como ciencia debe desaparecer y renovarse en la amplitud de un compromiso nihilista. Será el fin de la “Psicología” y no del sujeto (...) No se alarme el lector porque proponemos la desaparición de la Psicología científica: el asunto está quizá aun lejano. Pero ya podemos ir trabajando en ello. Deberíamos empezar por plantearnos severos cuestionamientos éticos sobre la profesionalidad del psicólogo para prevenir lo que ya mencionamos algunas líneas más arriba sobre la “Psicología postmoderna del fin del sujeto”, donde el profesional adquiere estatus de gurú o de instrumento. Aún más, este ensayo (el trabajo del cual tomo esta cita) debió haber comenzado con la siguiente pregunta: “¿Qué es ser profesional?” o esta otra: “¿Qué implica ser un profesional en psicología?”, Ulloa, Gilbert, “Nihil obstat en psicología”, inédito, 2002.